La pelea de mi dibujo

Por Sofía Lopez

La pregunta, una pequeña bribona que cala en lo más profundo del subconsciente; tal como parásito, busca alojarse en su huésped el tiempo que sea necesario para saltar a la ofensiva cuando uno menos se lo espera. Ha sido tal vez el pasado 10 de Marzo, la introducción a uno de los cursos que más anhelo me causaban, “voy a aprender a dibujar” ese fue el primer pensamiento que obtuve, bajo los rumores de los abiertos pasillos de mi universidad sobre la asignatura, y es que después de tan intensa presentación de la disciplina “Aleph”, este cerebro mio - bicharraco como me gusta decirle- hizo de las suyas a su antojo, obviamente las preguntas tenían que volver.

¿He nacido realmente con la capacidad de dibujar? y con el pasar del tiempo vino una mejor ¿puedo juzgar la capacidad de dibujar? es que me inundan los insultos, la frustración, entre una mentalidad que puede ver el mundo con claridad, pero que carece de su compañero eterno, el cuerpo. La incapacidad de no poder plasmar aquello que me imagino, es incluso -creo yo- peor que la primera línea sobre el imperturbable lienzo, y es que es comparable, mi relación con el dibujo nunca fue lo mejor, pero se dice, que luego de la negación -o el fracaso en mi caso- viene la aceptación, asique solo lo asumí, “yo no dibujo” ¿y porque estas en artes? “porque tengo autonomía”, puede ser -y en realidad lo aseguro- que mi presente yo, no tiene el valor de aceptar su dibujo, que si no es igual al inmaculado trabajo de sus “maestros” -sus compañeros- entonces no es.

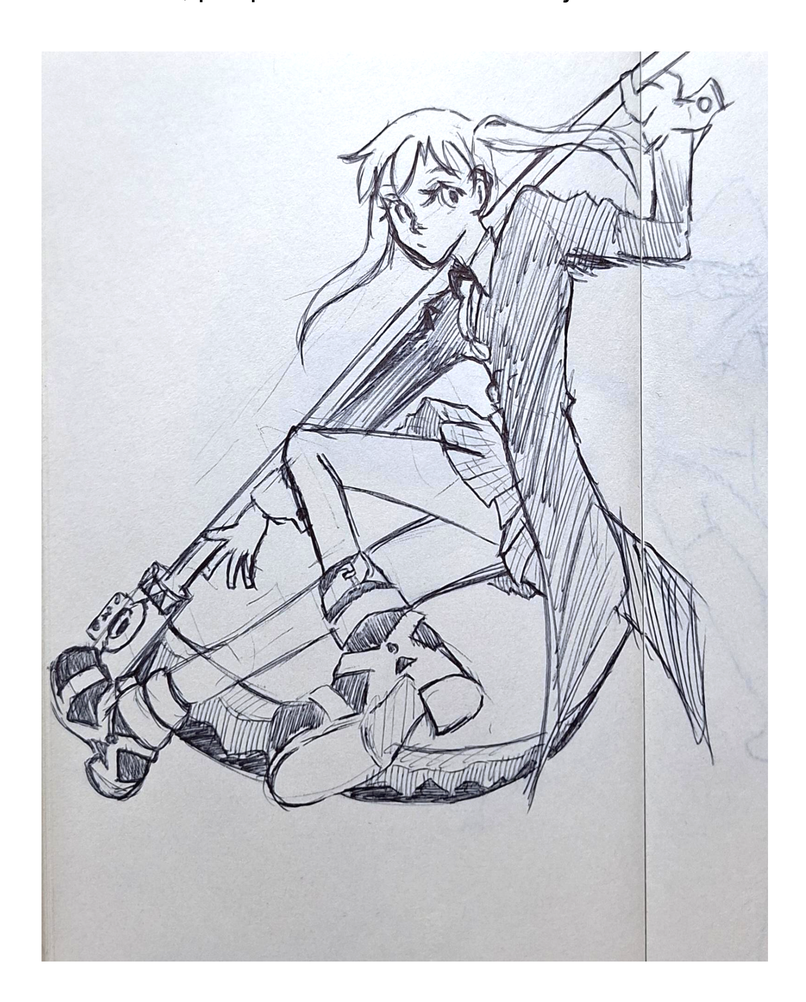
Pero el no ser o serlo, nunca fue el punto de partida, en realidad solo estaba mi pequeña yo, con sus creyones -no tóxicos- y el mundo como superficie cuando todo se definió, y pudo ser antes, pero es algo que no puedo evocar. La extraña relación solo muto, se transformó en un pequeño tabú, no dibujar era igual a no hablar, deje de comunicar con lo que parecía ser la fuente primitiva de todo lo que estaba aprendiendo, y me convencí de que era mejor con la palabra, que solo me bastaba el sonido para comunicar lo que quería, pero poco a poco lo sentía, yo “no puedo decirlo”. Se habla que al identificar un problema, solucionas la mitad de este, sin embargo no le quita lo complicado a lo que resta, seguía siendo igual de mañoso el intentar dialogar con mi ceguera.

Aunque las cosas no hicieron más que empeorar, ya no eran las palabras las únicas que me limitaban, ahora era el volumen, aquello con lo que encontré una visión en mi vida, la escultura, se estaba transformando sin darme cuenta en un techo, me daba seguridad, pero al mismo tiempo me hizo conformarme, si podía crear el volumen y luego quitarle una de sus dimensiones, entonces obtendría el dibujo, más comprendí que estaba generando un profundo vacío en mi formación, tocar techo significa que te estancas al no poder escalar, y los problemas se incrementaron, ya ni siquiera podía completar la tridimensionalidad.

Y ese fue el quiebre, experimentar - por lo que fueron muchos años- la guerra hacia el dibujo, es contradictoriamente lo que me hizo querer retomarlo, deje de solo admirar y comencé a desempeñar este ejercicio, aunque ya estaba en el pleno de mi primer año como artista cuando todo esto se formó, risueño cuando menos pensarlo hoy, en mi segundo año

bajo la compañía de mis colegas artistas. Porque solo se dio, dejar de tener ideas preconcebidas de algo -pensaba yo- que no me gustaba, me hizo mejorar, poder implementarlo a mi gran sueño, fue el golpe definitivo a mis dudas.

Solo volvio, porque siempre tuvo un lugar en mi vida, necesitaba tiempo para desarrollarse con energía, y especialmente mi aceptación, después de todo, siento que vivo para esa aspiración, pero ese no es un tema para esta reflexión, basta con saber mi amor por los mangas, comics, ilustraciones infantiles, para poder crear ciencia ficción y volverlo sobre todo, tangible en este mundo, porque al final “si sabía dibujar”.



Dibujo “Maka” de “Soul eater”